

LÉVY, Carlos, *Les philosophies hellénistiques*, Paris, Librairie Général Française (Le livre de poche), 1997, 253 págs.

Por diversas razones de las que no voy a ocuparme ahora, el interés de los estudiosos se ha dirigido últimamente hacia campos que hasta hace poco, al menos en el currículum básico de filosofía, no pasaban de ser mencionados o tratados superficialmente; es precisamente el caso de la época helenística. En efecto, a pesar de los notables avances en éste como en otros temas, los resultados de las más recientes investigaciones son a menudo asunto exclusivo de especialistas. Sin embargo, el libro de Carlos Lévy pretende “poner a disposición del público los conocimientos precisos sobre los filósofos” de esta época (p. 10), tomando en cuenta el estado actual de la cuestión y de las investigaciones de los últimos veinte años.

A la introducción la siguen cuatro capítulos que se ocupan respectivamente de: I. Pirrón y la revelación escéptica; II. Epicuro y el epicureísmo; III. el estoicismo, y IV. la nueva academia y el neopirronismo. Continúan una conclusión, la bibliografía, una cronología, una tabla de abreviaciones, un índice de las nociones más importantes, un índice de nombres propios y el índice general.

El libro es de carácter didáctico y de difusión, y, en libros de esta índole, siempre es de alabar la exposición precisa de cualquier tema, pero, en este caso, considerando el estado fragmentario y disperso de los testimonios y de las fuentes, la alabanza debe ser mayor, pues a la

---

\* Esta reseña se elaboró dentro del proyecto: El papel teórico de la silogística en la filosofía de la ciencia, la dialéctica y la teoría de la acción de Aristóteles y los estoicos (proyecto IN401598 de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México).

precisión se le han agregado la claridad, la sencillez, el orden, la brevedad.

En efecto, cualquier lector, pero sobre todo el no especialista, quedará agradecido con el autor por el empeño que ha puesto en hacer un libro agradable y de fácil lectura. A este propósito concurre el hecho de que las citas y las referencias están integradas al texto, aunque hubiera sido deseable también un mayor uso de las posibilidades tipográficas, para no presentar a la vista un texto hasta cierto punto monótono; pero éstas son minucias. Atraviesa todo el discurso la intención pedagógica: el desarrollo de las ideas aparece sólidamente fundamentado, recurriendo más a las fuentes que a la bibliografía secundaria; el estilo es llano y el uso del lenguaje técnico sólo es el indispensable para hacer ver la necesidad que tenían de él los filósofos helenísticos para expresar las ideas nuevas y fundamentales; esfuerzo este apuntado con los índices y, sobre todo, con la bibliografía, que pone al lector en la vía idónea para adentrarse cuanto quiera en el estudio de los temas tratados a lo largo de la obra.

El libro no sólo expone las ideas elementales de los filósofos helenísticos, sino que constantemente hace ver en qué consisten sus innovaciones en la historia de las ideas y cómo se contraponen o en qué concuerdan las doctrinas de las distintas escuelas y de sus respectivos representantes entre sí. En este sentido, se comprenderá, por ejemplo, por qué se menciona a los estoicos, aun antes de haberlos tratado específicamente, para explicar determinada doctrina de los epicúreos. Si bien es cierto que los filósofos helenísticos no se comprenden sin haberse estudiado antes los presocráticos, Platón y Aristóteles, después de la lectura de este libro quedará claro que también es imposible hablar de los estoicos, sin tener presentes a los neoacadémicos y a los epicúreos; que no es posible comprender el neopirronismo sino como una crítica a las posiciones adoptadas por el neoacademicismo; en fin, que las así conocidas escuelas helenísticas son en muchos sentidos aspectos de una sola realidad.

Aquella realidad de entonces, parece decirnos Lévy, no es tan distinta de la nuestra. Y así afirma que el *clinamen*, la desviación que sufre el átomo según la doctrina epicúrea, “encontró una posteridad tan sorprendente como tardía con el descubrimiento por parte de los físicos modernos del principio de indeterminación de las más pequeñas partículas de la materia” (p. 53), y señala que el debate en la doctrina estoica

con respecto a los preceptos morales “rebasa largamente las fronteras de la filosofía helenística y que se le reencuentra *mutatis mutandis* en nuestra época, en las controversias que oponen psicoanalistas de estricta observancia y psiquiatras del comportamiento” (pp. 176-177). Más aún, el autor concluye: “se ha explicado el desarrollo reciente de los estudios sobre los filósofos helenísticos por las impresionantes semejanzas entre su época y la nuestra. El mismo cosmopolitismo, la misma referencia a la naturaleza erigida en norma absoluta –desgraciadamente, sin Carneades, para revelar los peligros de ello–, la misma búsqueda de la felicidad individual, la misma forma de cultura, más preocupada de erudición que de creación. El abandono de la utopía, la renuncia a encontrar un sentido a la historia, la rehabilitación del sujeto, conducen a la búsqueda de una sabiduría, incluso si el término se ha vuelto demasiado anticuado para parecer pertinente, y facilitan el redescubrimiento intuitivo de algunos temas helenísticos” (p. 222).

Estas comparaciones, en mi opinión, pretenden y no dudo que consigan proyectar al lector más allá de lo que ha aprendido a lo largo de la lectura, lo cual es una intención encomiable y un mérito enorme. Casi con seguridad, el lector que antes no se haya interesado en los filósofos helenísticos, buscará después adentrarse más en el estudio o la simple consulta de alguno de los autores citados. Con todo, no debe olvidarse que la lectura de los clásicos no tiene como objetivo único el descubrir en qué son semejantes a nosotros, y, más bien, parece más productivo discutir acerca de lo que nos hace distintos de ellos; además, muchas veces, la relevancia de su pensamiento no está en las soluciones que encontraron, sino en las preguntas que se hicieron.

Se trata, pues, de un libro de iniciación al estudio de la filosofía helenística. Pero también parece más que eso. En efecto, más que una mera exposición para el lector, parece como si Lévy hubiera querido poner en claro y de manera sumaria, ante sí mismo, su propio conocimiento sobre los diversos temas, lo que ha destilado en los alambiques de su pensamiento, lo que con precisión y seguridad él mismo ha arrancado a su estudio de los filósofos helenísticos. Por eso, al libro lo enriquecen las muchas reflexiones y señalamientos que al respecto el autor va dejando aquí y allá; no voy a mencionarlos, sólo quiero agregar que este librito es una excelente puerta para ingresar al estudio del tema de que se ocupa.